

cion los descarríos y los vicios de su nación, y en justificar, por medio de la severidad de sus censuras, los rigores que predice su palabra inspirada. Sin embargo es injusto, y sumamente injusto tomar á la letra las descripciones de esta profética poesía, y de acusar particularmente á los judíos mas que á ninguna otra nación, en razón de las exigencias de una piedad que ellos solos conocieron en el mundo antiguo.

Los escritores griegos y romanos han dado, bajo este aspecto, lecciones de injusticia y de calumnia á los filósofos del siglo último; desconocieron, hay ya veinte siglos, las instituciones y las costumbres de Moisés, y aun todavía parece que se hallan empeñados en que sean desconocidas. Las falsedades de que han atestado sus libros, en vano se intentaría combatirlas, con los textos hebreos en la mano, porque estos ó no se leen ya, ó se leen por muy pocos sujetos. Por otra parte, el sarcasmo ha debilitado de antemano, ha ridiculizado y desarmado la verdad. Empero sin embargo es un hecho que el pueblo israelita desplegó, en tiempos groseros y bárbaros, las virtudes mas profundamente religiosas y los mas admirables conocimientos; que él hizo prueba de una rara constancia en sus sufrimientos y trabajos; en sus adversidades y desgracias, de una santa resignacion, y en

todos tiempos, de una tal adhesion á su fé, que nada se encuentra que se le iguale en la historia de las demas naciones.

Pero aun hay mas: las leyes, las instituciones politico-religiosas de Moisés, han llegado á hacerse el origen de una literatura moral tan pura, tan seria y tan sublime, que la antigüedad profana, con todas sus obras clásicas, apenas puede sobrepasar á aquellas concepciones tan sencillas como magéstuosas á la vez.

¿Y podremos, sin caer en la nota de injustos, reusar nuestros elogios á unas instituciones que han egercido una tal influencia? Dicese que la historia es justa, que forma con imparcialidad sus juicios, con la calma de la posteridad, y libre de las pasiones que pudieran fascinarla; que venga, con brillantes homenajes, á las víctimas sacrificadas por las prevenciones contemporaneas. Esta es una de las opiniones de que la historia misma querria persuadir á los lectores; es en general, una opinion que todos se complacen en defender; pero vemosla sin embargo mil y mil veces desmentida; y quedalo especialmente por las prevenciones que pesan aun sobre las instituciones judaicas [40].

Convengo en que las virtudes del pueblo de Israel sean de una naturaleza enteramente religiosa; quiero convenir tambien en que no sean comparables con las brillantes accio-

nes que admiramos en otros pueblos; confieso que fueron acompañadas de escesos tan graves y de un fanatismo tan exagerado, que merezca mirarse de mal ojo, ó con cierta prevención poco favorable, al pueblo que manchó de una manera tan indigna los títulos que le hubieran hecho acreedor á nuestros homenajes; pero los reclamo yo ahora en favor de una nacion tan extraordinaria, y repelo, en su nombre, las desdeñosas concesiones que se le hacen como por via de limosna.

Es verdad que la teocracia judaica, sacerdotal bajo Moisés, republicana bajo los jueces, monárquica bajo los reyes y los profetas, y anárquica en ciertas épocas, no permitió jamás que las letras profanas, las ciencias y las artes de la civilizacion hiciesen en la Palestina notables progresos; pero muchos países del Asia antigua se han conducido sobre este particular lo mismo que la Palestina.

El mundo moderno vió levantarse una teocracia que protegió á veces las letras y las artes; que se las comunicó á la Europa bárbara; que favoreció sobre todo la grande restauracion de los estudios en el siglo xy; que ejerció una profunda influencia sobre las costumbres del Occidente; que por largo tiempo estuvo trazando sus reglas y principios, y que, en una palabra, ha conducido á la Europa hasta la orilla, hasta el mismo momento en

que la Europa se vió á la altura de Roma. Esta teocracia ha sido lo mas grande, lo mas extraordinario que se ha visto, ha establecido el imperio moral mas bien y mas vigorosamente organizado, el sacerdocio mas político, mas literato y mas universal que se ha conocido jamás.

Sin embargo, si Roma durante diez siglos ha ejercido una especie de dictadura sobre la Europa, su poder se ha circunscripto al culto, á la creencia y á las costumbres: no ha sido soberano mas que en Roma. Verdad es que ha espedido por largo tiempo todos los títulos, todas las coronas, así las de Emperador como las de Rey y de Duque; que se ha dado asimismo una triple diadema; pero, no obstante, sus principales medios de gobernar han sido siempre medios espirituales. Roma ha dirigido las conciencias; ha inspirado y dirigido tambien las costumbres de los pueblos; pero no hay exactitud en decir que la Europa, durante la edad media, ha sido una teocracia romana. La teocracia ha dominado sobre toda la Europa, pero el feudalismo y la monarquía se han dividido y compartido entre sí su poder. Esta promiscuidad es la que hace difícil poder señalar la parte de influencia, que han ejercido cada uno de estos tres poderes sobre las costumbres.

Nuestros juicios modernos sobre la teocra-

cia son exagerados y severos. He aqui el de Voltaire ó á lo menos el lenguaje en que se espresa. « El mas absurdo de los despotismos, el mas humillante para la naturaleza humana, el mas contradictorio y funesto, es el de los sacerdotes, y de todos los imperios sacerdotales, el mas criminal, sin disputa, es el de los sacerdotes de la religion cristiana..... Asi sucedió que los Obispos de Roma, que fueron los primeros que dieron aquel ejemplo fatal, estendieron al mismo tiempo su dominacion y su secta por la mitad de la Europa! »

¿ Pero apelaremos contra este juicio de Voltaire, en su obra de las *Ideas republicanas*, ante Voltaire, en su *Ensayo sobre las costumbres*? Seria inútil; porque si se quiere, no es de Voltaire de quien se trata, es de una opinion general de una opinion recibida y acreditada en nuestros dias, como lo era y estaba hace sesenta años, sin que por esto sea mas exacta.

El hecho es que la teocracia de la edad media salvó á aquella edad de la barbarie, que corrigió la monarquía barbara, y el feudalismo mas bárbaro que ella de algunos de los vicios mas funestos para los pueblos, y que impidió que la sociedad cayese entre los brazos de hierro del poder material. Las doctrinas las reglas de costumbres, los libros de penitencia que el Occidente recibió de la sobe-

ranía espiritual de Roma, tomando su autoridad de la religion, han tenido por sí solos el bastante poder para moralizar la grosera Europa; para someterla al mismo tiempo á la religion y á la ley; y para introducir, con algunas artes, los elementos de la civilizacion. Ninguna legislacion humana, ningun principio filosófico han producido un resultado igual. Este es un grave suceso; y es para Roma, ó mas bien para las instituciones pontificias, para la teocracia del Occidente, un elogio su tasa ni medida.

Empero Roma ha trabajado tanto en su provecho como en el bien de la sociedad, y ha procurado tanto la sumision á los intereses de su poder como á los intereses morales de la humanidad. La influencia llegó á hacerse una dominacion; esta dominacion fué un yugo, y este yugo acabó por ser demasiado pesado á los pueblos. Para sacudirse de él fué necesario el largo drama de las cruzadas y la larga serie de emancipaciones, de restauraciones y reformas que trajo en pos de sí aquel gran drama de la edad media, que durante cinco siglos se estuvo representando en muchas partes del mundo.

Es muy cierto todo esto; pero estos males no equilibran el bien que la teocracia hizo en los siglos en que no era un contra-sentido. Y sin embargo por lo que sabemos de la teocracia moderna y de la antigua, nos hace

ver que en general la influencia de estas instituciones sobre las costumbres no es favorable; y que el gobierno teocrático no está en la naturaleza de las cosas. Por lo que el divino autor del cristianismo condenó la teocracia cuando dijo: que su reino no era de este mundo.

En efecto; por leyes y autoridades humanas parece que deben ser gobernadas las sociedades de los hombres. Entre la ley religiosa y política puede haber y hay una íntima relación, pero no puede haber identidad.

Lo que quizás haya contribuido en los tiempos modernos á condenar con tanta acrimonia las instituciones teocráticas, es que, en la edad media, parecían hallarse amalgamadas con las instituciones feudales, que á la verdad las toleraban, pero que jamás favorecieron, y que han tenido el singular destino de ser anatematizadas con una reprobación universal, despues de haber sido por largo tiempo el objeto de una especie de orgullo para la sociedad de la edad media.

Las instituciones feudales alteran todas las demas y egercen sobre las costumbres una funesta influencia. Por doquiera que se establecen, la poblacion se sale de su quicio, se concentra, se aglomera; el gobierno pasa de las grandes ciudades, de las capitales, sedes de las ciencias y de las artes, á establecerse en las torres ó castillejos, y en los campos. Cesa

de haber intereses generales, deja de haber nacion; y no quedan otros intereses mas que los de algunos grandes, ni hay mas sociedad que los grupos de los vasallos de que se rodean. Poder del trono, libertad de la república, carácter augusto de la suprema magistratura, de una ley santa y general; todo todo es sacrificado á ciertos individuos, todo hecho trozos y todo envilecido. En derredor del señor de un manso, no hay mas que siervos y colonos, instrumentos de la grandeza y de la riqueza de uno solo. La importancia de este mortal, á sus ojos, es de la mayor magnitud; recibe de sí mismo su poder, y nada conoce que le sea superior. Se halla colocado en una esfera mas alta que el sobervio patricio de Roma, quien se constituia el patron de sus conciudadanos y haciales asi sentir su influencia; es tambien una cosa muy diferente del gefe de la familia patriarcal del antiguo Oriente, que gobernaba á su parentela; es superior al gefe de tribu de la agreste Escocia, porque este gefe no estaba mas que á la cabeza de sus parientes. [41].

Esta superioridad del gefe feudal puede unicamente esplicarnos las costumbres soberbias, altaneras, violentas y rebeldes á toda otra ley que á la del mas fuerte; ella sola puede esplicarnos los desafios y los combates que formaban el patrimonio de gloria de la

edad media. Las guerras y pillages, que forman la historia de la Europa durante muchos siglos, han debido dar á las costumbres (al lado de este valor y brio tan constantes, y de los rasgos de generosidad que se descubren frecuentemente como efecto de la religion, más bien que del feudalismo) esta dureza, esta grosería, este egoismo tan profundo, y esta falta tan absoluta de buen gusto, y de verdadera civilización, que acompañan siempre á la carencia de buenas leyes ó á la existencia de unas viciosas instituciones.

Las instituciones feudales produjeron no obstante en las costumbres un curioso desarrollo, cual fué el de establecer entre las relaciones de las familias una grande delicadeza. El gefe, en estas colonias de siervos, veíase forzado á concentrarse en lo interior de su casa, y á estar siempre al lado de su esposa y de sus hijos, únicos seres que podia mirar como iguales, que tenían los mismos intereses que él, y entre quienes unicamente podia existir una reciprocidad de deseos, pensamientos y afectos. De aquí nació aquella intimidad que estrecharon cada vez mas los continuos peligros de que se veian asaltados. La muger, poder y consejo permanente, adquirió en esta condicion un rango elevado y una superior influencia. Esta influencia, esta consideracion de que gozó, y de que ella co-

menzara á gozar, en circunstancias bastante análogas, en los bosques de la Germania [42], transmitiéronse de generacion en generacion y siguieron á las familias feudales hasta que espiraron los últimos restos de sus instituciones.

El feudalismo, cuya funesta influencia sobre las costumbres se conoce mejor que los bienes que producía, dió causa al nacimiento de ciertas habitudes, y produjo, sobre la moralidad general, algunos otros efectos notables.

La necesidad de tener gefes vigorosos, poderosos y valientes, produjo, en las mismas familias, series de generaciones que brillaron y se hicieron distinguir por todas estas calidades, é inspiraron con ellas á los vasallos de sus respectivas casas, sentimientos de respeto y de amor que fueronse fortificando y robusteciendo de edad en edad. Con la fuerza y el valor se alian comunmente la grandeza de alma y la generosidad. Estableciéronse de esta manera unos vínculos morales de un carácter casi sagrado bajo este reinado feudal, cuyos combates, fiestas, violencias y usurpaciones absorven con escesiva exclusion nuestros pensamientos. Aun hay mas, los ejemplos dados por la familia del gefe debieron reproducirse, segun la naturaleza de las cosas, en las familias de los vasallos.

Este régimen ha debido pues ser benéfico; no obstante ser vicioso el principio en que se fundaba: porque por un lado se hallaba todo el poder reunido, mientras que por el otro ni aun derechos le quedaban. Tal estado de cosas era una manifiesta violencia del orden trazado por la naturaleza, y de la libertad imprescriptible sobre que se halla establecido este orden. Al traves de todas las necesidades de su posición, el hombre llegó á sentir el peso de la cadena de su servidumbre, y así es como se explica aquel odio tan profundo y aquella antipatia tan universal que se suscitaron al fin contra el feudalismo.

Ni el despotismo teocrático, ni el despotismo monárquico han sido objeto de una reprobación tan viva, ni tan general, por lo que, estos sentimientos encierran en sí una elocuente indicación de la influencia que el feudalismo ha ejercido sobre el origen de todas nuestras costumbres, sobre la libertad. Ha humillado en demasia el amor propio innato en el hombre, amor que no puede abjurar sin abjurar también y renunciar á sus mas sublimes y santos destinos. Ni la monarquía absoluta ni la teocracia mas dura han humillado al hombre hasta el grado que lo ha hecho el feudalismo.

Ante el Ser Supremo, el hombre se humilla y anonada sin la menor dificultad, se somete sin avergonzarse al gefe de una nación

poderosa; pero rehusa postrarse á los pies de un déspota, demasiado pequeño, para consolar su natural orgullo. Cuando es la teocracia como órgano de Dios, quien le manda, lo hace á nombre de una fé que venera y adora, y que por tanto es para él un título el mas sagrado; cuando es el agente de un soberano quien le transmite sus ordenes, obedece á un orden de cosas general, y las ordenes emanan entonces de un señor elevado en tan alta esfera, que no encuentra que pueda haber conflicto alguno entre él y sus subditos. Empero no sucede lo mismo con un gefe feudal, quien, estando continuamente en presencia de sus vasallos pesa demasiado sobre ellos, y de tan cerca, y en cosas tan menudas, que se reproducen sin cesar los mas irritantes conflictos en estas relaciones de todos los instantes, y algunas veces del mas pequeñísimo interes.

Ya puede concebirse facilmente que esta diaria y continua opresión debió abrumar en un igual grado al siervo que al colono, que debió sofocar y comprimir todo sentimiento generoso, poner trabas á toda emancipación de parte de la inteligencia, y retener en una especie de esclavitud moral al hombre demasiado afligido ya por la esclavitud física que le tenia amarrado. A la desgracia de no ser propietario de una pulgada del terreno fecundado por sus sudores, uníase, en la vida

del vasallo; la otra no menor, de no ser nada en la iglesia ni en el estado; de manera que ningún papel le quedaba que hacer ni en moral, ni en religión, ni en política ni en civilización.

El corazón humano es lo bastante débil y dócil para que varias generaciones hayan podido someterse sin repugnancia á toda esta humillante degradación; pero hasta la misma resignación tiene sus límites, y cuando llega la época del tocar á ellos, suele ser por lo común la de una terrible crisis, y siempre proporcionada á la resistencia que tiene que vencer.

Yá puede haberse visto que, de todas las instituciones políticas, las del feudalismo son las mas contrarias al desarrollo moral del hombre, y el rencor que le han inspirado es realmente un sentimiento generoso; y á mi parecer, la mas sublime de las pasiones, pues que es la de la libertad y la de la virtud.

No hay pues leyes, no hay instituciones políticas cuya influencia moral no sea digna, bajo todos aspectos, de la atención del legislador y del moralista. El problema que tienen que resolver se va simplificando de dia en dia, y deben fijarse al poco mas ó menos las ideas sobre las instituciones públicas que, en el interes de las costumbres, merecen la preferencia sobre las demas. Estas bellas instituciones en que la

ley, inspirada por las costumbres de las naciones, es votada por sus órganos, y ejecutada por un magistrado que recibe su poder de ella misma; estas instituciones que no excluyen ningún progreso, que propenden á toda especie de mejoras, y que aseguran á todas las capacidades un libre desarrollo, á todos los méritos, recompensas y honores; estas instituciones y repito, en que el talento es una necesidad, y el honor una obligación social, parece que deben merecer toda clase de votos, tanto los que se pesan como los que se cuentan.

No hay sin embargo leyes, ni instituciones que ejerzan la misma acción en todas las circunstancias; y ahora examinaremos cuales son las circunstancias que determinan y modifican mas la influencia cuya investigación nos ocupa.

CAPITULO IV.

DE LAS PRINCIPALES CIRCUNSTANCIAS QUE DETERMINAN Y MODIFICAN LA INFLUENCIA DE LAS LEYES SOBRE LAS COSTUMBRES.

En tesis general, la influencia de las leyes está en razón de su armonía con las costumbres. Es profunda su acción, cuando existe